

## Conversión de Agustín

*“Me castigaste y fui instruido, como un ternero no acostumbrado al yugo.  
Conviérteme, y me convertiré, pues tú eres el Señor, mi Dios.  
Después que me convertiste, hice penitencia, y después que te me mostraste, me castigué.  
Estoy confuso y avergonzado, pues cargué con el oprobio de mi juventud.”<sup>1</sup>*

### 1

Quizás pregunte un lector: ¿cuál fue la historia de ese Padre célebre cuyos últimos días fueron objeto de mi anterior capítulo? ¿Qué vida tuvo, cómo fueron sus primeros años, y sus trabajos? Seguramente no fue un hombre común quien tuvo un fin tan impresionante en todos sus aspectos. Podemos responder en pocas palabras que Agustín era hijo de una piadosa madre quien, durante muchos años, sufrió al verlo errante entre la duda y la incredulidad, que oró incesantemente por su conversión, y que al fin tuvo la alegría de presenciarla. Desde su primera juventud él se había entregado a un género de vida incompatible con el estado de catecúmeno al que fuera admitido en su infancia. Es difícil saber hasta dónde se dejó llevar por sus excesos: al hablar de sí mismo hace uso de un lenguaje que podría tener el peor de los significados, o que bien podría ser la expresión de un hondo arrepentimiento y sensibilidad espiritual. A los veinte años abrazó la herejía maniquea, en la que prosiguió durante nueve años. Hacia el final de ese período salió de África, su país natal, fue a Roma primero y luego, en Milán, conoció a San Ambrosio; su conversión y bautismo tuvieron lugar a los treinticuatro años. Este hecho memorable de su conversión ha sido celebrado en la Iglesia de Occidente, desde muy temprano, como un acontecimiento de excepcional importancia, casi como la conversión de San Pablo.

Durante muchos años llevó una vida de gran ansiedad y turbación, insatisfecho consigo mismo y desesperando encontrar la verdad. Los hombres de mente ordinaria no están en condiciones de experimentar la miseria de la irreligión. Esta miseria consiste en la acción perversa y discordante de varias facultades y funciones del alma, que han perdido su legítimo poder de gobierno y son incapaces de recobrarlo a menos de ponerse en manos de su Creador. Pero las personas irreligiosas no suelen sufrir casi a causa de tal desorden, y no se sienten miserables; no tienen ni grandes talentos ni fuertes pasiones; en su interior, los materiales de rebelión no llegan al punto de alterar su paz. Siguen sus propios deseos, ceden a la inclinación del momento, actúan por inclinación y no por principio, pero los motivos que los mueven no son lo bastante fuertes o variados como para turbarlos. Sus mentes carecen de regla en todo sentido; pero la anarquía no es en su caso un estado de confusión, sino de muerte, a semejanza de lo que sabemos del actual estado interno de las ciudades y provincias orientales, cuyo gobierno es débil o nulo pero cuyo cuerpo político sigue arrastrándose, sin que sus miembros se sientan molestos y sin que choquen entre sí, por la fuerza de la costumbre. Muy distinto es cuando los principios morales e intelectuales

---

<sup>1</sup> Jer 21,18-19.

son vigorosos, activos y desarrollados. En este caso, si el gobierno se debilita, todos los subordinados están en condiciones de rebelarse tomando las armas. La analogía de una comunidad civil puede sugerirnos lo que puede ser el estado de ánimo en tales circunstancias. Se da entonces el triste espectáculo de altas aspiraciones sin meta, de un hambre del alma insatisfecha, de una agitación sin fin y de un conflicto interior entre las varias facultades. A menos de someterse a la legítima autoridad de la religión, los espíritus dotados se vuelven muy infelices y malignos. Necesitan a la vez de un alimento que los satisfaga y del poder de gobernarse, dos cosas que solamente el amor de su Creador, y nada más, es capaz de suministrarles. Hemos visto en nuestra época, en el caso de un poeta popular,<sup>2</sup> el ejemplo impresionante de un gran genio que dejó de lado el temor de Dios, buscó la satisfacción en las creaturas, erró insatisfecho de un objeto a otro, se destruyó el alma, y confesó amargamente su infelicidad transmitiéndola a su alrededor. Lejos de mí querer compararlo con San Agustín, pero, si se me permite decirlo sin presunción, los finales tan distintos de sus pruebas parecen indicar alguna gran diferencia entre sus respectivos modos de encararlas. Uno muere prematuramente envejecido, al parecer incrédulo empedernido, y, si conserva su fama, vivirá en boca de los hombres por sus escritos blasfemos e inmorales; el otro es un Santo y Doctor de la Iglesia. Ambos escribieron confesiones, uno para los santos, el otro para las potencias del mal. De algún modo, la diferencia entre ambos salta a la vista en la historia misma de sus vaivenes y padecimientos. Al menos, en el caso de Agustín, no hay trazas de aquella espantosa altanería, de aquel aire sombrío, de aquella ansia de singularidad, de aquella vanidad, irritabilidad y misantropía que ciertamente caracterizaron a nuestro contemporáneo. Según lo muestra su primera historia, Agustín fue un hombre de sentimientos afectuosos y tiernos, de temperamento abierto y amable, que buscó sobre todo un modo de excelencia exterior a su propia mente, en lugar de concentrarse en la contemplación de sí mismo.

## 2

Pasemos a considerar en qué consistía su estado miserable: era el de un espíritu encarcelado, solitario y enloquecido de sed espiritual, forzado a recurrir a fortísimas excitaciones para apaciguar de alguna manera el ímpetu y la violencia de sentimientos cuyo verdadero y único alimento era el conocimiento de las divinas perfecciones. Se entregaba a excesos, no porque los amase, sino a causa de la furiosa fiebre de su espíritu. “Ansiando amar, buscaba a quien amar [dice en sus *Confesiones*] y aborrecía la seguridad y las sendas sin lazos. Porque tenía dentro hambre por falta del alimento interior, que eres Tú mismo, Dios mío; mas no era esto lo que yo hambreaba, antes estaba sin deseo de los manjares incorruptibles; no porque estuviese lleno de ellos, sino tanto más hastiado cuanto más vacío. Y por ello no estaba sana mi alma, que, llagada, se arrojaba fuera de sí, ávida de entregarse miserablemente al contacto de las cosas sensibles” (III,1).

“¡Oh necio del hombre que no sobrelleva con moderación las cosas humanas! Tal era yo entonces, y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, me desconcertaba, y no hallaba descanso ni consejo; porque llevaba mi alma despedazada y sangrando, impaciente por ir dentro de

---

<sup>2</sup> Se trata de Lord Byron (1788-1824).

mí, ni hallaba dónde posarla; porque ni en los bosques deleitosos, ni en los juegos y cánticos, ni en los parajes olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites de la alcoba y del lecho, ni siquiera en los libros de versos hallaba descanso. Todo me daba horror, hasta la misma luz. Sólo en gemir y llorar hallaba algún ligero descanso. Mas cuando dejaba de llorar, luego me abrumaba la pesada carga de mi desgracia. A Ti, Señor, debiera yo haber elevado mi alma para que me curaras; lo sabía, pero ni quería ni podía. Tanto más que cuando pensaba en Ti, no eras para mí una cosa sólida y firme; porque no eras Tú, sino sólo un vano fantasma, y mi error era mi Dios. Y si me esforzaba en apoyar mi alma para que descansase sobre aquel fantasma, luego resbalaba en el vacío, y volvía a caer sobre mí. Y así quedé convertido en una ingrata morada de mí mismo, donde no podía estar, ni salir de ella. Porque ¿adónde podía mi corazón huir de mi propio corazón?, ¿adónde huir de mí mismo?, ¿adónde no me llevaría conmigo? Con todo, hui de mi patria, porque menos lo buscarían mis ojos donde no solía verlo” (IV,12).

En esta última frase está hablando de un amigo que había perdido, cuya muerte fue muy notable, y cuyo nombre querido y familiar parece no atreverse a mencionar. “Desde niño había crecido conmigo [dice] y fuimos camaradas de escuela y de juegos.” Agustín lo había arrastrado consigo a la herejía que adoptara, e intimó más con él al verlo simpatizar cada vez más en sus propias búsquedas. Fue a poco de haberle entregado su corazón cuando Dios se lo llevó.

“Tú lo arrebataste de este mundo apenas cumplido un año de nuestra amistad, más deliciosa para mí que todas las delicias de mi vida de entonces. Acometido por unas calenturas, vino a quedar largo tiempo sin sentido, con mortal sudor; y estando ya desahuciado, lo bautizaron sin saberlo él; y yo, sin darle importancia, presumía que mejor retendría en su alma lo que de mí había aprendido que no lo que, sin saberlo él, había recibido en su cuerpo.”

Cabe observar que los maniqueos descartaban el bautismo. Y prosigue:

“Pero sucedió muy de otra manera. Porque mejoró y salió de peligro; y en seguida, tan pronto como pude hablar con él –que fue tan pronto como él pudo, pues yo no me apartaba de su lado, y estábamos enteramente colgados el uno del otro–, intenté chancearme con él, creyendo que él también se chancearía conmigo del bautismo que había recibido completamente sin conocimiento y sin sentido, pero que ya sabía que lo había recibido. Mas él se horrorizó de mí, como de enemigo; y con maravillosa y repentina libertad, me amonestó que, si quería ser su amigo, no volviese a decirle semejantes cosas. Asombrado yo y desconcertado, disimulé todas mis impresiones, aguardando a que primero convaleciese y cobrase fuerzas, para después discutir con él a mi gusto. Pero fue arrebatado a mi locura y guardado cerca de Ti...: pocos días después, estando yo ausente, le repitió la calentura y murió” (IV,8).

### 3

A causa de su dolor, Agustín dejó su ciudad natal, Tagaste, y se dirigió a Cartago donde fue profesor de retórica. Allí se topó con Fausto, un eminente obispo y controversista maniqueo que, no obstante, lo decepcionó. Esta decepción disminuyó su adhesión a la secta, y lo dispuso a buscar en otra parte la verdad. Disgustado por la licencia que prevalecía entre los estudiantes de Cartago, decidió encaminarse a Roma, y allí se fue, sin oír ni tener en cuenta las súplicas de su madre Mónica, quien temía este alejamiento de su

patria. En Roma retomó su profesión, pero en esta ciudad lo esperaban grandes pruebas aunque de otro orden, y, como desde Milán pedían un profesor de retórica, se postuló para ese puesto y lo obtuvo. Llegó a Milán, la ciudad de San Ambrosio, en el año del Señor 385.

A pesar de su voz baja, Ambrosio era reputado por su elocuencia; y Agustín que fue a verlo, según parece, mediante una recomendación, y fue conquistado por su actitud amable, acudía a sus sermones con curiosidad e interés. Cabe notar la impresión que le hizo su estilo de predicación: “Me deleitaba con la dulzura de su discurso, más lleno de conocimiento, aunque menos agradable y suave en la forma, que el de Fausto”. Insensiblemente se fue conmoviendo Agustín hasta decidir abandonar los maniqueos y retomar su condición de catecúmeno en la Iglesia Católica en la cual sus padres lo habían hecho admitir. Empezó a escuchar cada vez con mayor atención al gran obispo de Milán, mas tratando en vano de penetrar en lo secreto de su corazón y de precisar los pensamientos y sentimientos que lo regían. Sintió que no lo comprendía. Si el respeto y la intimidad con la grandeza pueden hacer feliz a un hombre, Ambrosio le pareció poseer dichas cualidades, y, con todo, no lo consideraba un hombre feliz. Su celibato parecía una desventaja: ¿cuál sería su vida oculta?; ¿sería frío?; ¿o sería un espíritu sediento e inquieto? Agustín padecía su propia enfermedad y ansiaba hacerle algunas preguntas al respecto. Pero Ambrosio no era fácilmente abordable. Aunque accesible a todos, ello mismo hacía difícil que un particular se le acercase, especialmente uno que no era de su rebaño, para una conversación privada. Cuando no se hallaba absorbido por el pueblo cristiano que lo rodeaba, o bien estaba comiendo o bien concentrado en su lectura personal. Agustín solía entrar sin anunciarse, como cualquiera podía hacerlo; pero tras haber esperado un rato, temiendo interrumpirlo, se retiraba. No obstante escuchaba todos los domingos sus exposiciones sobre la Escritura, y gradualmente fue haciendo progresos.

Tenía treinta años, desde los dieciocho se había dedicado a buscar la verdad, y sin embargo se hallaba aún “en el mismo fango, hambriento de cosas presentes” pero sin encontrar nada estable.

“Mañana la hallaré [se decía], sí, se me descubrirá la verdad, y la seguiré. Llegará Fausto y lo explicará todo. ¡Oh, grandes hombres, vosotros, los académicos! ¿Es cierto entonces que nada podemos conocer con certeza para el gobierno de la vida? Pero no, busquemos con mayor diligencia y no desesperemos. Ya veo que no son absurdas las cosas que antes me parecían absurdas en los libros de la Iglesia, y que se pueden entender en otro sentido. Afirmaré mi pie en el grado en que, siendo niño, me pusieron mis padres, hasta que se descubra claramente la verdad. Pero ¿dónde y cuándo buscarla? Ambrosio está ocupado. Yo no tengo tiempo para leer. Los mismos códices, ¿dónde buscarlos? ¿Dónde o cuándo comprarlos? ¿Quién me los prestará? Destinémosle tiempo; distribuyamos las horas para la salud del alma. Una gran esperanza empieza a brillar: la fe católica no enseña lo que pensábamos, la acusábamos sin fundamento; sus doctores condenan como error creer que Dios tenga figura de cuerpo humano. ¿Dudaré en llamar, para que se me descubra todo lo demás? Los discípulos me ocupan las horas de la mañana: ¿qué hago en las otras?, ¿por qué no las empleo en esto? Pero entonces ¿cuándo voy a saludar a los amigos poderosos de cuyo favor tengo necesidad? ¿Cuándo voy a preparar las lecciones que me pagan los estudiantes? ¿Y cuándo voy a reparar mis fuerzas, reposando el espíritu de tan intensa fatiga?

¡Piérdase todo, y dejemos estas cosas vanas y huecas! ¡Apliquémonos solamente a buscar la verdad! La vida es miserable, la muerte incierta; si de súbito nos sorprende, ¿cómo saldremos de este mundo? Y ¿dónde aprenderemos lo que aquí descuidamos de aprender? Y ¿no tendremos que pagar la pena de esta negligencia? ¡Quién sabe si la misma muerte, al cortar el hilo de la vida, pone fin a todos nuestros cuidados! Pues también esto es menester averiguarlo. Pero lejos de mí pensar que así sea. No sin razón ni fundamento la fe cristiana se ha elevado por todo el orbe a tan alta cumbre de autoridad. No obraría Dios tantas y tales cosas por nosotros, si con la muerte del cuerpo feneciese también la vida del alma. Entonces ¿por qué no detenernos, dejar las esperanzas del siglo y consagrarnos totalmente a buscar a Dios y la vida feliz? Pero vayamos despacio: también estas cosas mundanas son agradables, y tienen su dulzura no pequeña; no hay que romper con ellas rápido, pues sería vergonzoso volver a ellas de nuevo. Ya ves qué poco te falta para obtener un cargo honorífico. ¿Qué más se puede desear en la vida? Cuentas con muchos y poderosos amigos; sin llevar las cosas de prisa, te pueden dar una presidencia. Luego te casarías con una mujer que tenga algún dinero, para que no resulte gravoso mantenerla; y aquí podrían hallar término los deseos. Muchos grandes hombres, y dignísimos de ser imitados, se consagraron, teniendo mujer, al estudio de la sabiduría” (VI, 18-19).

#### 4

A pesar de su renuencia a abandonar la vida secular, Agustín, a medida que la luz de la verdad cristiana le aclaraba la mente, se sentía inclinado a aquel estado de perfección cristiana especialmente alabado por Nuestro Señor y Su Apóstol. Así naturalmente ocurría en esos tiempos con los espíritus más elevados y preparados: cuando hallaban la verdad, no se contentaban con abrazarla a medias; la tomaban entera, o nada; yendo al extremo, aspiraban a los mejores dones, o preferían quedarse como estaban. Les parecía absurdo haberse torturado tanto buscando la verdad, y haberse sometido, al convertirse, a semejante revolución de sus opiniones y motivos, para contentarse luego con una profesión de segundo orden, a menos de verse claramente obligados a proseguir en la vida secular como antes. Así pues, el cristiano toleraría los cuidados de este mundo, las decepciones de las riquezas, la pompa de la vida, el orgullo de la situación, las satisfacciones de los sentidos, sólo en el caso en que fuese pecado renunciar a ellos. Buscar la ganancia podría ser un acto de sumisión a los padres; la vida de matrimonio es de decisión voluntaria y solemne; pero puede ocurrir, como ocurría especialmente en la época de Agustín, que no haya razones religiosas que se opongan a que alguien deje el mundo, como Nuestro Señor y sus apóstoles lo hicieron. Cuando los padres de dicha persona eran paganos, o bien cristianos fervientes; cuando él no tenía compromisos ni posición en el mundo; cuando el Estado mismo era infiel o emergía apenas de sus viejas corrupciones; y cuando la gracia le hacía desear y aspirar a la santidad y compañía del Cordero virginal, el deber era abrazar la vida ascética y no rehuirla. Por otra parte, la Iglesia en el siglo IV aún no había experimentado la prosperidad temporal; sólo conocía la religión en las tormentas de la persecución o el incierto alivio entre las mismas, en el desierto o la catacumba, el insulto, el desprecio y la calumnia. Aún no había visto que con el nombre de cristiano fuesen compatibles la opulencia, el lujo, el esplendor, la pompa y el refinamiento; y los más serios entre sus hijos

imaginaban, con una simplicidad que hoy haría sonreír, que debían imitar a Cipriano y Dionisio tanto en sus costumbres y modo de vida como en sus sentimientos, profesión y saber espiritual. Ellos pensaban que la religión consistía en hechos, no en palabras. La riqueza, el poder, el rango y la superioridad literaria, si estaban separados del servicio que debían rendir a la causa de la verdad, eran entonces tenidos como desgracias. La atmósfera del mundo era considerada insalubre. De manera que Agustín, en la medida que se acercaba a la Iglesia, ascendía hacia el cielo.

Pasaba el tiempo, ya tenía treinta y dos años y la luz lo aclaraba día a día: renunciando a su creencia en el fatalismo, se entregaba a la lectura de las Epístolas de San Pablo. Empezaba a renunciar a su deseo de destacarse en su profesión, lo que de hecho era un gran paso; pero todavía su corazón no era capaz de seguir el ímpetu ascendente de su espíritu.

“Descontentábame lo que hacía en el siglo, y me era una carga muy pesada; porque ya no me enardecía como solía la codicia, con la esperanza de la honra o del dinero para soportar aquella esclavitud tan pesada; porque aquellas cosas ya no me deleitaban en comparación de Tu dulzura y de la «hermosura de Tu casa que yo amaba». Mas todavía estaba tenazmente encadenado por la mujer. No me prohibía el Apóstol casarme, aunque me exhortaba a lo mejor, «deseando ardientemente que todos los hombres fuesen como él». Pero yo, más débil, escogía la vida más muelle, y sólo por esto fluctuaba lánguidamente en todo lo demás, consumiéndome con agotadores cuidados, porque aún en lo tocante a las otras molestias que no quería soportar, veíame forzado a acomodarme a la vida conyugal, a la cual estaba inclinado y rendido... Ya había hallado yo «la perla preciosa», que debía comprar vendiendo todo lo que tenía; y dudaba” (VIII,2).

Habiendo hallado a Ambrosio, si bien amable y accesible, demasiado reservado, Agustín se acercó a un anciano llamado Simpliciano, del cual se decía que había bautizado a San Ambrosio, y que finalmente habría de sucederlo en su sede episcopal. A él se abrió y, como durante la conversación le mencionara la traducción de algunos libros platónicos hecha por Victorino, Simpliciano le preguntó si conocía la historia de este personaje. Al parecer, había sido profesor de retórica en Roma, muy versado en historia y filosofía, había enseñado a muchos senadores e incluso obtenido el gran honor de que una estatua suya fuera colocada en el Foro. Hasta una edad avanzada había enseñado y defendido el antiguo culto pagano. Movidado a leer las Sagradas Escrituras, llegó consecuentemente a creer en su origen divino. Por un tiempo no sintió la necesidad de cambiar de profesión; tomando el cristianismo como una filosofía, lo abrazó como tal, pero sin proponerse ingresar en lo que él consideraba la secta cristiana, o, como los cristianos la llaman, la Iglesia Católica. Le había confiado su secreto a Simpliciano, pero cada vez que éste lo empujaba a dar el paso, solía preguntarle si “son los muros los que hacen al cristiano”. Pero tal situación no podía durar en un hombre como aquél; la levadura lo trabajaba; al fin, inesperadamente, le pidió a Simpliciano que lo llevase a la iglesia. Admitido como catecúmeno, a su debido tiempo fue bautizado “para asombro de Roma y regocijo de la Iglesia”. En Roma se acostumbraba que los candidatos al bautismo profesaran su fe desde un lugar elevado de la iglesia, en una fórmula establecida. A Victorino se le ofreció hacer su profesión en privado, como en el caso de personas modestas y tímidas. Pero él prefirió hacerla según la costumbre, respondiendo: “Públicamente actué en mi profesión de retórico, y no debo temer profesar la salvación”. Prosiguió en la escuela que tenía antes de volverse cristiano, hasta que el edicto

de Juliano lo obligó a cerrarla.<sup>3</sup> Esta historia le llegó al corazón a Agustín, pero no bastó para ablandarlo. En él subsistía la lucha entre las dos voluntades, sus altas aspiraciones y su habitual inercia.

“Me sentía dulcemente oprimido por la carga del siglo como por el sueño; y los pensamientos con que meditaba ir a Ti eran semejantes a los esfuerzos de los que quieren despertar pero, vencidos del profundo sopor, tornan a sumergirse en él. Y así como no hay nadie que quiera estar siempre durmiendo, y al sano juicio de todos es preferible estar despierto, y, no obstante, difiere frecuentemente el hombre sacudir el sueño, cuando un pesado sopor encadena sus miembros, y aunque no quisiera y sea hora de levantarse, se vuelve a dormir con más gusto, así, por más que yo tenía por cierto que era mejor entregarme a Tu amor que condescender con el apetito, cedía a éste que me deleitaba y encadenaba. Por lo cual no tenía qué responderte cuando me decías: «Levántate tú que duermes, y álzate de entre los muertos, y te iluminará Cristo». Me hacías ver por todos lados que era verdad lo que me decías, y convencido de la verdad, no tenía absolutamente nada qué responder, sino palabras perezosas y soñolientas: «Ahora, ahora mismo; déjame un poco». Pero aquel «ahora, ahora» no llegaba nunca; y aquel «déjame un poco» iba para largo. En vano me deleitaba en Tu ley según el hombre interior, mientras otra ley luchaba en mis miembros contra la ley de mi espíritu y me llevaba cautivo bajo la ley del pecado que estaba en mis miembros” (VIII, 12).

## 5

Un día en que Agustín se hallaba en casa con su amigo Alipio, vino a verlo por un asunto un compatriota llamado Pontiniano, quien tenía un empleo en la corte imperial. Mientras estaban sentados conversando, éste observó un libro sobre la mesa y al abrirlo vio que eran las Epístolas de San Pablo. Como era un cristiano convencido, se sintió agradablemente sorprendido de encontrar la obra del Apóstol allí donde esperaba hallar alguna otra de la profesión de Agustín. La conversación recayó sobre San Antonio, el célebre solitario de Egipto, y si Pontiniano se sorprendió aún más al comprobar que ni siquiera lo conocían de nombre, ellos, por su parte, quedaron todavía más impresionados al enterarse de su vida, y de cuán reciente era. De allí pasaron al tema de los monasterios, de la pureza y dulzura de su disciplina, así como de los tesoros de gracia que, gracias a ellos, se habían manifestado en el desierto. Quedó claro que Agustín y su amigo ni siquiera estaban enterados del monasterio establecido bajo el patronazgo de Ambrosio en las afueras de Milán. Pontiniano pasó a relatarles la conversión de dos camaradas oficiales, en las siguientes circunstancias. Estando él en Tréveris, una tarde, mientras el emperador estaba en el circo, salió a pasear con tres compañeros por los jardines aledaños a los muros de la ciudad. Al rato se separaron en dos grupos, y, en tanto él y otro proseguían su camino, los otros dos se toparon con una casita de campo donde los invitaron a entrar. Allí residían algunos reclusos, “pobres de espíritu” al decir de Agustín, “a quienes pertenece el reino de los cielos”; y allí encontraron la vida de San Antonio, escrita por Atanasio unos veinte años antes (364-366). Uno de ellos se puso a leerla y, conmovidos por la narración, ambos resolvieron adoptar la vida monástica.

---

<sup>3</sup> El emperador Juliano el Apóstata no sólo renegó del cristianismo sino que volvió al culto oficial pagano y prohibió tener escuelas a los cristianos. El edicto que establece esto es de 392. Pero duró poco pues Juliano murió no mucho después.

El efecto producido en Agustín por este relato no fue menor que el causado en los oficiales por la propia historia de Antonio; y casi tan inmediatamente productivo fue su resultado religioso. Agustín sintió que la obediencia de aquellos oficiales le proponía lo que él estaba deseando y le ofrecía un remedio a su desordenado y turbulento estado de ánimo. Dice al respecto:

“Cuanto más ardientemente amaba yo a aquellos hombres, de quienes oía contar tan saludables efectos, porque se habían entregado del todo a Ti para que los sanases, tanto más, al compararme con ellos, me aborrecía y me execraba. Porque ya muchos años se me habían pasado –cerca de doce– desde que, a los diecinueve de edad, leyendo el *Hortensio* de Cicerón, desperté al amor de la sabiduría; y todavía, por no renunciar a las venturas terrenas, iba dilatando su búsqueda; siendo así que, no ya el hallarla, sino sólo el buscarla era mejor que la posesión de la riqueza y el poder profanos y los deleites del cuerpo, que entorno se me ofrecían. Pero yo, adolescente desgraciado, muy desgraciado, en los albores de la adolescencia, te había pedido el don de la castidad, pero diciendo: «Dame castidad y continencia, pero no ahora». Ah, es que temía que me escuchases en seguida, y me sanases en seguida de la enfermedad de la concupiscencia, que más quería satisfacer que extinguir... Pero ahora... turbado el semblante no menos que el espíritu, me volví hacia Alipio y a voces le dije: «¿Qué es esto que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Mira, levántanse los indoctos y arrebatan el cielo, ¡y nosotros con nuestra ciencia, faltos de corazón, he aquí que nos revolcamos en la carne y la sangre! ¿Acaso, porque aquéllos se nos han adelantado, tenemos vergüenza de seguirlos, en lugar de avergonzarnos de no seguirlos?». Algo así le dije a Alipio, que me miraba atónito, y me aparté de él en la urgencia de mi congoja” (VIII,17-19).

Agustín se dirigió al jardín de la casa en que vivía, seguido de Alipio, y se sentó un rato meditando amargamente sobre la impotencia y esclavitud de la voluntad humana. El pensamiento de abandonar sus inveteradas costumbres de vida se le impuso con fuerza irresistible, y, por otro lado, la belleza de la obediencia religiosa lo conmovió y turbó. Dice:

“Reteníanme frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tironeaban de mi vestido de carne, susurrándome: «¿En serio nos dejas? ¿Cómo? ¿Y a partir de este momento dejaremos de estar contigo para siempre? ¿Y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello?». ¡Y qué cosas, Dios mío, me sugerían en lo que llamo «esto y aquello»! Pero ya las oía la menor parte de mí, como musitadas a mi espalda... Porque de aquella otra parte hacia donde tenía vuelto el rostro, y a donde temblaba de pasar, se me descubría ya la casta dignidad de la continencia, serena y alegre sin liviandad, halagándome honestamente para que me acercase a ella y no dudase, y extendiendo hacia mí, para recibirme y abrazarme, las piadosas manos, llenas de multitud de buenos ejemplos. Tantos niños y niñas, tantos jóvenes y personas de todas las edades, viudas venerables y vírgenes ancianas. Y en todos ellos la misma continencia, no estéril, sino madre fecunda de hijos de los gozos de su Esposo, que eres Tú, Señor. Y ella se burlaba de mí y con donaire me alentaba, como diciendo: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos, y no en el Señor su Dios? El Señor su Dios me dio a ellos. ¿Por qué estribas en ti, que no puedes tenerte en pie? Arrójate en Él, no temas, arrójate seguro, que él te recibirá y te sanará»... En tanto Alipio, pegado a mi lado, aguardaba en silencio en qué había de parar aquella insólita agitación mía” (VIII, 26).

Continúa relatando de qué modo terminó aquella lucha:

“Al fin se desató en mí una gran borrasca, preñada de copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda, incluso con gritos, y a solas, me levanté de donde estaba Alipio... Él se quedó donde estaba, atónito... y yo fui a arrojarme debajo de una higuera, no sé cómo, y solté las riendas a las lágrimas, y rompieron dos ríos de mis ojos, ofrecidos a Ti en aceptable sacrificio: «Y Tú, Señor, ¿hasta cuándo?, ¿hasta cuándo habrás de estar enojado? ¡No te acuerdes de nuestras culpas pasadas!». Porque sentía yo que ellas me retenían. Daba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: Mañana, y mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no es en esta hora el fin de mis torpezas?». Esto decía, y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. Y he aquí que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando, y repetía muchas veces: «*¡Toma y lee; toma y lee!*». Y al punto, inmutado el semblante, me puse con toda atención a pensar, si acaso habría algún tipo de juego en que los niños usasen canturrear algo parecido; y no recordaba haberlo jamás oído en parte alguna. Y reprimido el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando que no otra cosa se me mandaba de parte de Dios, sino que abriese el libro y leyese el capítulo que primero encontrase. Porque había oído decir que Antonio había tomado la lección evangélica, a la que llegó casualmente, por amonestación a él dirigida: «Ve, vende todas tus posesiones... etc.», y que con este oráculo se volvió a Ti. Así que volví a toda prisa al lugar donde estaba Alipio, pues allí había puesto el códice del Apóstol al levantarme. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio este pasaje en que primero dieron mis ojos: «No en comilonas ni embriagueces; no en fornicaciones ni deshonestidades; no en rivalidad ni envidia; sino vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias». No quise leer más, ni fue menester; pues apenas leída esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiese difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda se desvanecieron. De tal modo me convertiste a Ti, que ya no buscaba esposa ni esperanza alguna en este siglo, puesto en pie sobre aquella regla de fe, en la que tantos años antes Tú me habías mostrado a mi madre” (VIII,28-30).

Las últimas palabras de este fragmento aluden a un sueño que su madre tuviera años atrás, concerniente a su conversión. Cuando se hizo maniqueo, por aborrecer tales opiniones, ella ni siquiera quería comer con él, hasta que tuvo aquel sueño que le reveló que en la posición suya llegaría a estar algún día también Agustín, junto con ella. Otra vez recibió gran consuelo por las casuales palabras de un obispo quien, al apremiarlo ella a convertir a su hijo, le dijo al fin con cierta impaciencia: “¡Anda, que Dios te bendiga, pues es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas!”. De más sería, y quizás innecesario, detallar aquí la conmovedora y muy conocida historia de sus tiernas ansiedades y perseverantes rezos por Agustín. Baste agregar que le fue dado ver su cumplimiento: vivió hasta que Agustín se hizo católico, y murió cuando iba a retornar con él a África. Sus últimas palabras fueron: “Deja donde sea este cuerpo, sin preocuparte; lo único que te pido es que allí donde estés, me recuerdes ante el Altar del Señor”. Recordando piadosamente esto, dice su hijo:

“Quede ella en paz con su marido, antes y después del cual no tuvo otro; al cual sirvió, llevando para Ti fruto con paciencia a fin de ganarle también a él para Ti. E inspira, Señor mío, Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos, hijos tuyos, señores míos, a quienes sirvo con la palabra, con el corazón y con la pluma, que todos cuanto esto leyeren se acuerden ante tu altar de Mónica, tu sierva, con Patricio, en otro tiempo su marido, por cuya carne me introdujiste en esta vida, no sé cómo. Acuérdense con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta vida transitoria; y de mis hermanos en Ti, Padre, en la Iglesia

Católica nuestra Madre, y mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira tu pueblo en su peregrinación desde la salida hasta el regreso. Para que lo último que mi madre me pidió le sea más abundantemente concedido que mis oraciones, por las oraciones de muchos, mediante mis *Confesiones*” (IX,37).

## 6

La conversión de San Agustín tuvo lugar, según lo más probable, en el verano de 386, y unas tres semanas después, aprovechando las vacaciones de la vendimia, dejó su escuela alegando un ataque pulmonar que lo había tenido mal. Se retiró a la propiedad campestre de un amigo<sup>4</sup> hasta fin de año, con intención de prepararse para el bautismo en la próxima Pascua. Sus nociones religiosas eran todavía muy imperfectas y vagas. No tenía clara noción de la naturaleza del alma, e ignoraba la misión del Espíritu Santo. Además, como es de suponer, necesitaba corregir y reformar su conducta. Durante ese período renunció a la costumbre de jurar en vano, y de diversos modos se disciplinó en vistas del rito sagrado para el que era candidato. Está de más decir que fue constante en sus ejercicios de devoción y penitencia.

En el momento fijado, el sacramento del bautismo le fue administrado por San Ambrosio, quien había sido el principal instrumento de su conversión. Decidió despojarse de sus bienes mundanos, excepto de lo necesario para subsistir, y retirarse al África con el propósito de seguir la regla de vida cuya adopción le había costado tan rudos combates. Tagaste, su ciudad natal, fue su primera residencia, y se instaló en los suburbios para, a la vez que vivía retirado, poder ser útil en lo que fuese necesario en la ciudad. Como tras su conversión varios amigos se habían convertido, logró convencerlos, al igual que a ciertos conciudadanos, que se le uniesen, y ellos naturalmente lo consideraban como jefe de su comunidad religiosa.<sup>5</sup> Todos pusieron en común sus posesiones, que se repartían según las necesidades de cada uno. Sus ocupaciones eran el ayuno y la oración, la limosna y la lectura de la Escritura; y Agustín asumió la tarea de instruirlos y ayudarlos de distintos modos. Consecuentemente, el ocuparse de formar a los demás en sus hábitos de devoción, le quitó tiempo libre; y al expandirse su fama, se vio cargado por graves compromisos que eran incompatibles con la vida a la cual había esperado consagrarse. De hecho su temperamento era demasiado activo e influyente como para permitirle excluirse del mundo, por más deseo que tuviese de ello.

Así pasaron sus tres primeros años en África, al cabo de los cuales, en 389, fue admitido al Orden Sagrado. Las circunstancias en que tuvo lugar este cambio de estado son curiosas aunque características de aquellos tiempos, como en otros Padres. Habiendo aumentado considerablemente su reputación, Agustín temía acercarse a todo lugar donde se requiriese un obispo, no fuera que le adjudicasen la sede a la fuerza. Parece que había decidido permanecer como laico algún tiempo, dada la responsabilidad aneja al cargo ministerial.

---

<sup>4</sup> Este amigo era Verecundo, un gramático de Milán que puso a su disposición su propiedad de Cassiciacum. Agustín se instaló allí junto con su madre Mónica, su hermano Navigius, sus primos Rusticus y Lastidianus, y dos jóvenes discípulos suyos de Milán, Licentius y Trigetius.

<sup>5</sup> Formaban parte de esta comunidad de Tagaste: su hijo Adeodato, y algunos amigos como Alipio y Evodius.

Consideraba que todavía carecía del dominio necesario de su naturaleza como para asumir dichos deberes. Pero sucedió en aquel entonces que un agente o comisionado imperial que vivía en Hipona, que era cristiano y persona muy seria, le expresó su deseo de tener una conversación con él, respecto a un proyecto de dejar la carrera secular y dedicarse a la vida religiosa. Esto llevó a Agustín a Hipona, y sin la menor aprensión, ya que la ciudad poseía un obispo, Valerius. Empero, si bien no necesitaban un obispo, hacía falta un presbítero; y Agustín, sin sospechar lo que iba a ocurrir, se unió a la asamblea en la cual iba a tener lugar la elección. Cuando Valerius, dirigiéndose al pueblo, les preguntó a quién querían por pastor, todos al unísono nombraron al extranjero, cuya reputación ya les había llegado.<sup>6</sup> Agustín se echó a llorar, y algunos de los presentes, malinterpretando la causa de su agitación, le observaron que aunque el presbiterio era inferior a sus méritos, no estaba por ello lejos del obispado. En seguida fue ordenado, y puesto que Valerio, al ser griego, no hablaba latín con fluidez, le pidió auxiliarlo tomando su lugar como predicador. Cabe notar que hasta ese momento la costumbre en la Iglesia africana era que los presbíteros no predicasen, y menos en presencia del obispo. Valerius fue el primero en quebrar dicha regla en favor de Agustín.

En Hipona, Valerius le proporcionó un jardín perteneciente a la Iglesia para que construyese allí un monasterio; y poco después vemos que Agustín le agradece a Aurelius, obispo de Cartago, por ofrecerle una propiedad, ya en Hipona, ya en Tagaste. Pronto se oye hablar de monasterios en Cartago y otros lugares, además de los dos de Hipona. Salieron varias ramas de la propia comunidad de Agustín, quien además se ocupó de crear una escuela o seminario para la Iglesia. En adelante, las iglesias africanas requerían sacerdotes allí formados. Possidius, su discípulo y amigo, menciona al menos diez obispos que provenían de la escuela de Agustín.

## 7

Poco queda por decir para concluir este boceto de una historia tan accidentada. No muchos años pasaron hasta que Valerius, sintiéndose envejecer, nombró a Agustín coadjutor de la sede de Hipona. Con ello aseguraba asimismo su sucesión, cosa que lo preocupaba pues temía que Agustín fuese llamado a gobernar alguna otra iglesia. Esta elevación necesariamente produjo algunos cambios en lo exterior, pero sus hábitos personales siguieron siendo los mismos. Dejó su monasterio por ser demasiado recluso para un cargo que obliga al que lo ocupa, de una manera particular, a los deberes de la hospitalidad, y formó una comunidad religiosa clerical en su casa episcopal. Esta comunidad estaba compuesta principalmente por presbíteros, diáconos y subdiáconos, que renunciaban a sus bienes personales y vivían de un fondo común. Agustín mismo se ajustó estrictamente a la regla impuesta a los demás. Lejos de apropiarse para propósitos privados de alguna porción de sus entradas eclesiásticas, las ponía todas a disposición y en manos de su clerecía, la cual asumía por turnos su administración anual, y él se limitaba a controlar

---

<sup>6</sup> El procedimiento por aclamación popular era corriente entonces para la nominación de obispos. Así fueron elegidos, entre otros, San Atanasio y San Basilio en la Iglesia Oriental; y en la Occidental, San Ambrosio y San Paulino de Nola.

las cuentas. Nunca se permitió disfrutar de su casa y tierra, considerando que la propiedad de la sede era tan poco suya como los bienes privados a los que anteriormente había renunciado. Por el contrario, la empleaba, de un modo u otro, indirecta o indirectamente, como propiedad de los pobres, los ignorantes y los pecadores. Había medido su costo, y actuaba como un hombre cuya lentitud en ponerse en camino era garantía del celo que desplegó desde el momento en que arrancó.

(Traducción de Inés de Cassagne)